

Enero de 1936, día primero, miércoles. Albania, ciudad de Tirana.

Yo, un estudiante de posgrado en Historia de 28 años, me encuentro perdido en el espacio-tiempo.

Debería estar en La Habana, Cuba, en 2025, no en 1936, y estudiando en la Universidad Vladimir Ilich Lenin. Pero no. Soy Zog I. Sí, mi alma, creo, acaba de “sobrescribir” y “modificar” a la del monarca de los años 30 del siglo pasado.

Esto es malo. Muy malo.

Pero lo peor fue cuando desperté, a las 5:35 a.m.: en mi mente apareció información nueva... y aterradora.

En el universo T-H-V-C-LL-22-44 —llamado así por la civilización tipo IV (según la escala de Kardashov) que lo controla— existe una sociedad compuesta por autómatas sintéticos que ha logrado aprovechar no solo el 100 % del poder de las estrellas, sino también otras fuentes de energía como agujeros negros, agujeros blancos y el vacío cuántico mismo. Además, han potenciado estos medios hasta el punto de crear materia en cantidades prácticamente ilimitadas.

Y esa misma civilización, por razones que aún desconozco, me ha “elegido” como su líder.

Bueno... uno podría preguntarse: ¿qué importa que una mega potencia universal compuesta por “PCs andantes” te reconozca como líder supremo, si está literalmente al otro lado del universo (léase: realidad)?

Pues, en primer lugar, ellos pueden enviarme —mediante agujeros blancos estabilizados— lo que yo quiera, en el volumen que yo quiera, a esta “dimensión”. Pero con una condición: la tecnología enviada está restringida a 1936. Es decir, al nivel técnico actual (para ese año) y a los inventos ya existentes. Si la tecnología avanza en esta línea temporal, lo nuevo también podrá ser enviado. Ellos pueden optimizar los diseños al máximo, incluso enviar tecnología considerada experimental para la época, pero nada más allá de eso. Porque, según su programación, “no se debe alterar la evolución tecnológica de ninguna especie, o podrían ocurrir consecuencias de entropía de innovación”.

Teniendo en cuenta todo lo sucedido, no me queda más opción que aceptar esta “realidad”: ahora soy Zog I, rey de la pequeña Albania.

Todavía es de madrugada. Me encuentro acostado, mirando el techo del palacio real de Tirana.

La ciudad, en verdad, es muy pequeña. Casi sería mejor llamarla una villa o un pueblo: solo tiene 35 000 habitantes, lo cual es mucho considerando que en 1920 solo vivían 17 000 personas aquí. Tirana, asentada en la fértil llanura del río Ishëm, se encuentra en una fase de desarrollo. El rey Zog —antes de ser “sobrescrito” por mí— había iniciado proyectos de modernización con préstamos de bancos italianos y la contratación de ingenieros provenientes también de Italia para convertir Tirana en una ciudad más moderna. Pero por ahora, lo que predomina es una ciudad laberíntica, con calles medievales, herencia de los bazares otomanos, aunque ya han comenzado las edificaciones nuevas, con el estilo de la Italia fascista y su peculiar visión arquitectónica. Ejemplo de ello es el palacio real junto con un bulevar que será el eje principal de la reurbanización de la ciudad.

Me siento en el borde de la cama. He estado pensando en qué hacer a continuación... Mejor dicho: en qué quiero hacer, porque básicamente tengo un poder omnipotente.

Son las 6:08 a.m. Hago sonar mi campana de plata, la cual está en una mesita de noche, junto a la cama.

Al terminar de hacerla sonar, entra mi edecán Mehmed Orhan Efendi, quien además de su función de edecán, es asesor de la corte (y ex príncipe del extinto Imperio Otomano).

—Su majestad —saluda Efendi al entrar a mi recámara con educación y cortesía, pero no carente de porte real. Se nota en sus ojos cierta confusión: no es normal en “mí” levantarme tan temprano.

—¿Ocurre algo, mi rey? —pregunta con preocupación.

Lo miro, inspiro hondo y decido que es hora de tirar los dados.

—Efendi, por favor, llama a mi ministro de Industria, Rrok Gera, y al ministro de Economía, Dhimitër Berati, para una reunión de emergencia dentro de dos horas. No avises a los asesores italianos, ¿entiendes? —le doy instrucciones claras y directas.

Él se queda en silencio unos segundos, procesando lo que le acabo de decir, y asiente.

Continúo:

—Llama también de inmediato al Komandanti i Përgjithshëm i Ushtrisë (jefe del Ejército Real de Albania), el general Xhemal Araniti, y a su jefe del Estado Mayor General (Shefi i Shtabit të Përgjithshëm), el coronel Ismet Kryeziu, para una reunión urgente en 35 minutos. También en secreto respecto a los asesores italianos. Deben llegar sin retraso; es un asunto de importancia vital.

Veó la reacción de Efendi: pasa de la incredulidad al asombro, y de ahí al miedo. Finalmente asiente solemnemente.

—A sus órdenes, su majestad. Permítame retirarme para llevar a cabo su comando —dice, inclinándose con marcialidad antes de salir.

Una vez más, estoy solo en mi habitación. Ah... esa “confianza” con la que hablé se ha desvanecido.

Ahora solo quedan dudas y pensamientos internos.

(“¿Qué se supone que voy a decir cuando lleguen esos dos? ¿Para qué los llamé en primer lugar? No tengo ningún plan. Soy tan tonto como siempre... Bueno, ya crucé el Rubicón. No hay vuelta atrás.

Mejor sigo con el plan... o sea, improvisar”).

(“... por suerte tengo los recuerdos de este ‘rey’, si no, ni siquiera sabría cómo se llama mi alto mando, y mucho menos qué esperar de ellos”).

Dejando atrás mis pensamientos, camino hacia el baño. Es hora de una ducha rápida para estar lo más relajado posible.

Quince minutos después, tras una ducha caliente y revitalizante, voy al comedor real a desayunar. Un pastel de carnes, al estilo otomano, unos huevos revueltos con hierbas aromáticas, quesos italianos, y café importado, ese es mi desayuno, tomado rápidamente.

Mientras estoy terminando de desayunar, entra Efendi, me avisa, de que los mensajeros fueron despachados a caballo (pues los oficiales antes citados, viven alejados del palacio, y no hay línea telefónica directa, con ellos) y que ya han regresado, de hecho, informan, que los oficiales estarán aquí en diez minutos.

El general Xhemal Araniti y su compañero, jefe del estado mayor el coronel Ismet Kryeziu, llegan, casi al unísono a las puertas del palacio real, ahí, el capitán de la guardia real, los recibe, y escolta hacia mi despacho.

Xhemal Araniti está preocupado, su monarca lo acaba de convocar sin previo aviso, nota que a parte de su jefe de estado mayor, no hay nadie más, los asesores italianos no están a la vista ¿Acaso el monarca, quiere hacer algo en secreto? ¿Abra recibido alguna propuesta de ellos ingleses, o tal vez Francia?. (“No, es muy poco probable eso”), piensa el general, ya achacado por la vejez. Pues a sus 69 años, tiene en sus hombros la responsabilidad de la seguridad de su joven nación.

Las meditaciones internas del viejo general continúan mientras caminaba rumbo al despacho real. A su lado el joven coronel Ismet, también tiene sus pensamientos propios, buscando activamente en su mente, que podría haber desencadenado esta reunión de emergencia, si, hace solo 10 días atrás, en diciembre, repasaron todos los temas militares, y le presentaron al rey un informe de todas las fuerzas armadas.

Llegan ambos frente a la puerta, mi capitán toca, y me informa de la llegada de mi Alto mando. Yo, le doy instrucciones de que entren. Los oficiales, entran, saludan con marcialidad, y luego, silencio, esperan órdenes, demostrando una marcialidad y disciplina perfecta.

—“Majestad”— escucho, esa palabra pronunciada por los dos, a la vez—“estamos aquí, como ordeno”— continúa el general Xhemal.

Yo, me para para recibirlos. -"Caballeros, estoy agradecido de que se hallan apresurado a venir a mi encuentro, cuando los cité tan repentinamente, y de manera inesperada"- digo, mirándolos a ambos, con una sonrisa cálida en mis labios-"por favor, tomen asiento, y empecemos con esta reunión.

Ambos mandos obedecen, y se sientan en unos butacones, al frente de mi mesa.

"(Bueno, aquí empieza todo, vemos si sobrevivimos a la primera explicación, y me dejan aclararlo , sin enviarme al manicomio de una vez...").

---"Señores, ante todo, déjenme aclarar algunos puntos sobre la conversación que vamos a tener a continuación." —tomo aire y continúo—. "No importa qué tan inverosímil o incapaz de aceptar sea lo que escuchen, o más bien, vean; no me interrumpan ni pregunten nada, ni ahora ni después. ¿Ha quedado completamente claro, señores?"

("...mi rey ha dicho esas palabras con una fortaleza y tenacidad que nunca antes había visto... casi parece un guerrero, uno que está enfrentando a sus enemigos... pero ¿por qué su majestad se sentirá amenazado por mí? Si mi vida es para Albania... o tal vez ya estoy demasiado viejo y pensando demasiado las cosas. En fin, escuchemos y veamos qué tiene que decir el rey"), piensa el general Xhemal para sí, mientras reflexiona.

A su lado, el joven coronel Ismet piensa de manera diferente: ("Seguro que será algo trascendental lo que su majestad va a decir... ¿nos van a invadir los italianos? Si es así, no tenemos mucho que hacer, solo fortificar Durrës, acercar nuestra artillería pesada austro-húngara para darle una cálida bienvenida a sus *Bersaglieri* y *Arditi*, y hacerles pagar caro por su invasión...").

El silencio impregna mi despacho por unos minutos, hasta que yo lo rompo al proseguir.

---"A partir de hoy no habrá más escasez de armas o municiones, o incluso alimentos o medicinas en mi amada Albania" —el inicio fue muy impactante para ambos, pero como previamente les había prohibido que me interrumpieran, no lo hicieron—. "Sé que se preguntan de qué rayos estoy hablando, por eso es mejor mostrarles."

Me paro de mi silla, cierro mis ojos y me concentro en contactar con el clúster de mando 00, la directiva máxima de la civilización tipo IV.

"Enlace establecido", escucho en mi mente exactamente un segundo después de intentar contactar. Por cierto, es la dulce voz de una joven, no la voz sintética que uno esperaría. Imagino que el clúster 00 "pensó" —o calculó, mejor dicho— que así nuestras interacciones serían más amenas... Se equivoca... Le diré que cambie la voz a lo que uno esperaría de un clúster... Bueno, me desahogo un poco y relajo mi tensión, que amenaza con estallar mis venas.

"¿Cuál es su comando?", continúo escuchando. Por suerte, desde que llegué hace apenas dos horas, he estado experimentando, entre ello mi comunicación con el clúster 00, y lo que he aprendido es que ellos leen mis "pensamientos" —esa sería la explicación hipersimplificada. La verdadera es un poco más increíble que la magia, pero intentaré explicarlo: esos tipos usan una cantidad ridícula de energía para mantener permanentemente a mi alrededor un nano-agujero de gusano con un detector de unos cuantos nanómetros —supongo, o más pequeños— de diámetro, una "estación de escucha" que

básicamente descripta, digamos, mis ondas cerebrales, y ellos de ahí sacan todo lo que necesitan saber: mis intenciones más que mis pensamientos. Eso hace la comunicación increíblemente rápida y quita una gran cantidad de escenarios donde podría haber malentendidos, como reza una divertida disertación sobre la riqueza del español (o en este caso el albanés): entre lo que yo dije, lo que tú oíste... lo que quise decir... lo que creíste escuchar... hay por lo menos nueve ocasiones donde pudiste malinterpretarme. En resumen, escuchan mis pensamientos, punto.

("Dame los veinte rifles Carcano M1891 que te pedí previamente".) Antes de la reunión con el alto mando militar, solicité a Efendi un rifle Carcano M1891. Este, muy intrigado y algo "asustado" de que... no sé, me diera por probarlo en alguien, me lo entregó junto con cinco cartuchos, como le había pedido. Luego le ordené al clúster 00 que abriera una puerta en mi habitación —léase puerta por agujero blanco estabilizado mediante logaritmificación matemática cuántica, con propiedades de agujeros de gusano interconectados, cálculo realizado por procesos fractales donde cada microsegundo se resuelven  $34^{50}$  millones de cálculos diferenciales de tercer grado— por donde le envié la muestra. Al rifle con sus proyectiles les ordené analizarlos y optimizarlos, además de "fabricar" veinte de ellos. Planeo "materializarlos" delante de mi alto mando para explicarles mi poder, porque definitivamente una "imagen" —en este caso "video" (léase en su contexto latino verdadero)— hablaría más que cuarenta y cinco mil palabras, además de que seguro me encarcelan antes de terminar.

Volviendo al presente, le ordeno al clúster 00 que me envíe la caja de madera con los veinte rifles y cincuenta rondas con cada rifle.

Como nota al margen, el clúster 00 quedó "fascinado" —si se puede decir eso de una máquina— con, adivinen... sí, la madera de las culatas de los rifles. En todo su universo —todo su universo, no sé si logran dimensionar esa "superficie" porque yo no, ojo, no universo visible, teórico o algo así, toda su extensión— no hay madera. Interesante... al menos eso pienso. ¿Cómo habrán pasado de la edad de piedra a otras donde se necesita energía (léase fuego)? Eso no importa, al menos no a mí.

Después de mi orden, una puerta —sí, puerta; no voy a repetir lo anterior, ya saben lo que es: una demostración flagrante de súper ingeniería matemática— aparece delante de mí. Mis oficiales se levantan; mi coronel lleva su mano a su espada. Sí, entraron con sus armas "honorarias"; ordenarles a un general o a su estado mayor que las entreguen sería lo mismo que la mayor ofensa verbal que podrías propinarle.

---"Caballeros, tomen asiento, confíen en mí" —ambos oficiales se miran entre sí; el general Xhemal le asiente a su coronel, como diciéndole "es una orden de su majestad, soldado", y ambos vuelven a sus asientos.

De la puerta sale una caja de armamentos albanesa clásica —les describí a los autómatas cómo se vería, y ellos se saltaron eso y visualizaron mi imagen, o sea, lo que recordaba de la caja de armamentos. Tomo la caja y la pongo en la mesa, junto con la caja de municiones. Abro la caja de armamento, y refulgentes, hipnóticos, veinte rifles Carcano M1891 están ahí; pero aun un inexperto vería la belleza de esas armas, más dos oficiales veteranos. El general Xhemal abre la boca, pero yo lo callo. Los tres

tomamos un rifle cada uno, los inspeccionamos, alzamos y vemos a su alrededor, y abrimos las cajas de municiones, también refulgentes.

Por cierto, le había pedido una optimización de diseño al clúster, y vaya que lo hicieron: una aleación acero-cromo-vanadio-molibdeno para el cañón, una recámara hiperbárica más digna de un cañón antitanque por su resistencia, una munición 6.5×52×39 mm con una velocidad de salida máxima de 1020 m/s y capaz de penetrar diez milímetros de acero a 0° a cien metros.

Pasan unos minutos más, la reunión con los oficiales de mi ejército está a punto de terminar.

Hemos discutido varios planes iniciales para la transformación del "ejército real albanés", si es que puede llamarse así a unos 16,000 efectivos, distribuidos no en divisiones, no, en Mandos territoriales, tres para ser exactos, que defendían el norte-centro-sur de la nación.

En total cada mando territorial tenía 3 regimientos ligeros de infantería, un grupo de artillería, la mayoría Skoda de 1914-1918, de 75 mm, algunas del M1934 de 105 mm Bofors, y una decena y media de piezas italianas de 20 mm Breda para propósito antiaéreos... sí, ese era el estado de mis fuerzas armadas, algo muy paupérrimo, por decir lo menos.

—"Su majestad, sé que las condiciones del ejército albanés, no es el ideal, sé que en parte es mi culpa..." —el general Xhemal baja la cabeza avergonzado. Yo lo interrumpo: "no general, en absoluto es su culpa, como podría serlo... en todo caso, lo contrario, con los pocos o casi nulos recursos, ha creado una fuerza de defensa lo suficientemente efectiva para parar alguna invasión menor"—le digo al general, con completa sinceridad.

Él asiente, aliviado, demostrando así su alivio, y su amor por su nación.

A su lado, el joven Coronel Ismet Kryeziu, observa como su jefe inmediato y su monarca interactúan... sabiéndose él como la voz que debe de analizar las lagunas de su comandante, solo escucha.

—"General Xhemal, antes de proseguir, quisiera un reporte completo de nuestras fuerzas aéreas y navales. Sé que son limitadas, pero necesito conocer cada detalle"—pronuncio con firmeza, mientras camino hacia la ventana que da al patio principal del palacio.

El veterano general se endereza en su asiento, recuperando su compostura militar.

—"Por supuesto, su majestad. Nuestra fuerza aérea cuenta con veintiocho cazas en total: dieciocho Fiat CR.20 italianos y diez Hawker Fury británicos, todos biplanos. Además tenemos nueve aviones de reconocimiento Breda Ba.25, también italianos. En cuanto al estado de la flota..."—hace una pausa, como si las palabras le pesaran—"disponemos de seis torpederas, lanchas de aproximadamente 230 toneladas cada una, de construcción italiana también."

El silencio se apodera de la habitación. Incluso para los estándares de una nación pequeña como Albania, estas cifras resultan desalentadoras.

—"Veintiochos cazas y seis torpederas para defender toda una nación"—murmuro, más para mí mismo que para ellos—. "Coronel Kryeziu, ¿cuál es su evaluación sobre la capacidad de combate real de estas fuerzas?"

El joven oficial intercambia una mirada con su superior antes de responder:

—"Su majestad, con total honestidad, nuestros pilotos están bien entrenados, pero los aviones... muchos necesitan mantenimiento constante. Las torpederas pueden patrullar nuestras costas, pero ante una flota enemiga seria, serían..."—se detiene, buscando las palabras adecuadas.

—"Inútiles"—completo la frase por él—. "No se preocupe, coronel. La honestidad, aunque duela, es lo que necesito en estos momentos."

En ese instante, tres golpes secos resuenan en la puerta del despacho. Es Mehmed Orhan Efendi, mi edecán.

—"Su majestad, los ministros Rrok Gera y Dhimicr Beratti han llegado. Los espera en el salón de recepciones"—anuncia con su acostumbrada cortesía.

—"Excelente. General, coronel, les agradezco profundamente esta reunión. Mantengan absoluta discreción sobre lo que han presenciado aquí. En los próximos días recibirán órdenes específicas para comenzar la transformación de nuestras fuerzas armadas"—me dirijo hacia ellos con solemnidad—. "Albania ya no será la nación vulnerable que conocemos. Eso se los prometo."

Ambos oficiales se ponen en pie, saludan con marcialidad y se retiran. Una vez solos, Efendi y yo nos dirigimos al salón de recepciones.

El salón, decorado con tapices otomanos y muebles de estilo italiano, refleja la compleja identidad de Albania: una nación atrapada entre su pasado oriental y sus aspiraciones occidentales. Rrok Gera, ministro de Industria, y Dhimicr Beratti, ministro de Economía, esperan de pie junto a una mesa de caoba.

Rrok Gera es un hombre de mediana edad, con el rostro curtido por años de trabajo en las pocas fábricas del país. Sus manos, aunque ahora enfundadas en guantes finos, conservan las marcas del metal y el carbón. Dhimicr Beratti, por el contrario, muestra la elegancia de quien ha pasado años negociando con banqueros europeos: alto, delgado, con una barba perfectamente recortada y unos ojos que revelan tanto la inteligencia como la preocupación constante por las finanzas del reino.

—"Majestad"—saludan al unísono, inclinándose respetuosamente.

—"Caballeros, gracias por acudir tan prontamente. Por favor, tomen asiento. Necesito un informe completo del estado del reino. Empecemos por la economía, ministro Beratti."

El ministro de Economía despliega varios documentos sobre la mesa, sus dedos temblando ligeramente, no de nerviosismo, sino de la magnitud de los problemas que debe exponer.

—"Su majestad, la situación es... delicada. Nuestro presupuesto nacional asciende a apenas 2.8 millones de francos-oro anuales. De estos, el 60% proviene de los préstamos italianos, condicionados a

proyectos específicos de infraestructura que favorecen los intereses de Roma"—hace una pausa, consultando sus notas—. "Las exportaciones se limitan principalmente a productos agrícolas: tabaco, cereales y algo de ganado. Nuestras importaciones, en cambio, incluyen prácticamente todo lo manufacturado: textiles, maquinaria, combustibles, incluso herramientas básicas."

—"En resumen, somos completamente dependientes del exterior"—interrumpo con una mezcla de frustración y determinación.

—"Desafortunadamente, sí, majestad. Nuestra balanza comercial presenta un déficit crónico del 40%. Solo los préstamos italianos mantienen a flote al reino."

Me dirijo ahora hacia Rrok Gera, cuyo semblante refleja años de luchar contra la imposibilidad.

—"Ministro Gera, hábleme de nuestra capacidad industrial."

El hombre se aclara la garganta, como preparándose para confesar un pecado.

—"Majestad, llamar 'industria' a lo que tenemos sería generoso. Contamos con tres fábricas textiles en Tirana, dos en Shkodër y una en Vlorë. Todas dependen de maquinaria italiana obsoleta. Tenemos una fundición pequeña en Elbasan, capaz de producir herramientas básicas y clavos. Una fábrica de cigarrillos en Durrës, que apenas satisface el consumo nacional"—su voz se vuelve más grave—. "En total, empleamos a no más de 3,200 obreros en todo el sector industrial del país."

—"¿Y los recursos naturales?"

—"Ahí reside nuestro potencial, majestad. Tenemos depósitos considerables de cromo en Bulqizë, cobre en las montañas del norte, y algunas reservas petrolíferas pequeñas cerca de Patos. Pero carecemos completamente de la tecnología y el capital para explotarlos adecuadamente."

("Interesante", pienso para mis adentros. "Los recursos están ahí, solo necesito la manera de extraerlos y procesarlos sin levantar sospechas internacionales. El cromo será especialmente valioso en los años venideros.")

—"Ministro Beratti, ¿cuál es nuestra capacidad de endeudamiento actual?"

—"Prácticamente nula, majestad. Los bancos italianos ya consideran riesgoso prestarnos más dinero. Los británicos y franceses nos ven como una inversión de alto riesgo. Solo podríamos conseguir financiamiento adicional si ofrecemos garantías extraordinarias, como concesiones territoriales o derechos de explotación exclusivos."

El peso de la realidad albanesa se cierne sobre la habitación como una tormenta que se aproxima. Albania no es solo pequeña, es completamente vulnerable: sin industria, sin recursos desarrollados, sin capacidad financiera independiente. Una nación que existe por la gracia de sus vecinos más poderosos. Pero yo tengo un as bajo la manga que ningún país del mundo posee.

Me levanto de mi asiento y camino hacia la ventana que da a los jardines del palacio. Las primeras luces del día revelan una Tirana que despierta lentamente: campesinos llevando sus productos al mercado, obreros dirigiéndose a las escasas fábricas, estudiantes caminando hacia el instituto.

—"Caballeros, lo que van a escuchar a continuación puede sonar imposible, pero necesito que confíen en mí completamente"—me giro hacia ellos, con una expresión que mezcla determinación y misterio—. "En los próximos meses, Albania experimentará una transformación industrial sin precedentes. No solo seremos autosuficientes, sino que nos convertiremos en una potencia económica regional."

Ambos ministros intercambian miradas de desconcierto. Beratti se atreve a hablar:

—"Majestad, con el debido respeto, ¿cómo es posible tal transformación sin capital, sin tecnología, sin..."

—"Sin nada de lo que tradicionalmente se considera necesario"—completo su frase—. "Lo sé, ministro. Pero tengo... digamos, acceso a recursos que van más allá de los convencionales."

("Dios mío, cómo suena eso. Parezco un charlatán o un demente. Pero no puedo revelarles toda la verdad de inmediato. Necesito demostrarles gradualmente mi capacidad.")

—"Por ahora, necesito que me proporcionen información específica. Ministro Gera, quiero mapas detallados de todos nuestros yacimientos minerales conocidos, así como informes geológicos, por básicos que sean. También necesito un censo completo de nuestra mano de obra calificada: herreros, carpinteros, albañiles, ingenieros si es que tenemos alguno."

—"Sí, majestad. Puedo tener esa información en dos días"—responde Gera, claramente intrigado pero dispuesto a obedecer.

—"Ministro Beratti, necesito un análisis detallado de nuestros flujos comerciales actuales, especialmente con Italia. Quiero saber exactamente qué importamos, en qué cantidades, y cuánto nos cuesta."

—"Por supuesto, majestad. Ese informe estará listo mañana mismo."

Me dirijo nuevamente hacia la ventana, observando la ciudad que se extiende hacia las montañas. En mi mente, comienzo a visualizar fábricas, chimeneas, caminos pavimentados, puertos modernos. Albania no solo sobrevivirá a la tormenta que se aproxima en Europa, sino que emergerá fortalecida.

—"Hay algo más, ministro Gera"—me giro hacia él con una expresión que denota la importancia de lo que voy a preguntar—. "Necesito que me diga algo muy específico: ¿cuántos hombres, con herramientas básicas, y cuántos camiones ligeros, necesitarían para construir un complejo industrial de 67 hectáreas en el valle de Idalbana?"

El silencio que sigue a mi pregunta es ensordecedor. Rrok Gera me mira como si acabara de preguntarle cuántos dragones necesitaríamos para conquistar Roma.

—"Majestad..."—su voz tiembla ligeramente—"¿67 hectáreas? Eso sería... eso sería más grande que todas nuestras fábricas actuales juntas... multiplicado por diez."

—"Responda a mi pregunta, ministro. Los números."

Gera saca un pequeño cuaderno de su chaqueta y comienza a hacer cálculos rápidos, sus labios moviéndose silenciosamente mientras trabaja con las cifras.



—"Para un complejo de semejante magnitud... necesitaríamos al menos 2,500 obreros trabajando en turnos continuos durante un año. Eso incluiría albañiles, carpinteros, herreros, electricistas si es que encontramos suficientes... En cuanto a camiones, para el transporte de materiales, al menos cuarenta camiones ligeros trabajando constantemente"—levanta la vista del cuaderno, con los ojos muy abiertos—. "Pero majestad, el costo... solo en salarios sería el equivalente a nuestro presupuesto nacional completo. Y eso sin contar materiales, maquinaria, permisos..."

Una sonrisa se dibuja en mis labios. Por primera vez desde que desperté en este cuerpo, siento una confianza genuina en lugar de desesperación disfrazada.

—"No se preocupe por los costos, ministro Gera. Eso déjeme a mí"—mi voz adquiere un tono que estos hombres nunca han escuchado de su rey—. "Solo necesito saber si es posible conseguir esa mano de obra en Albania."

—"Bueno... tendríamos que contratar prácticamente a todos los obreros calificados del país, y entrenar a cientos de campesinos en oficios básicos. Sería un desafío logístico enorme, pero... técnicamente posible, si tuviéramos los recursos."

—"Excelente. Ministro Beratti, ¿cómo afectaría al país movilizar esa cantidad de mano de obra?"

El ministro de Economía se queda pensativo unos momentos antes de responder:

—"Majestad, si pudiéramos pagar salarios decentes a 2,500 obreros durante un año, el impacto económico sería... revolucionario. Ese dinero circularía por toda la economía albanesa. Las familias tendrían poder adquisitivo, aumentaría la demanda de productos locales, se crearían empleos secundarios..."—su voz se va animando conforme habla—"Podríamos salir del círculo vicioso de pobreza en el que hemos estado atrapados."

—"Y también tendríamos, al final del año, un complejo industrial que nos permitiría competir con las potencias europeas"—añado, dejando que la magnitud de la visión se asiente en sus mentes.

Ambos ministros me miran como si acabara de prometerles que convertiría el agua en vino. Y en cierto sentido, eso es exactamente lo que estoy a punto de hacer.

—"Caballeros, preparen esos informes que les he solicitado. En tres días nos reuniremos nuevamente, y para entonces tendrán la primera demostración de que lo que parecía imposible es, de hecho, inevitable"—me dirijo hacia la puerta, luego me detengo y me giro hacia ellos una última vez—. "Y mantengan absoluta discreción sobre esta conversación. Por el bien de Albania."

Los despiden con una inclinación de cabeza, y ellos salen del salón claramente perturbados pero también, por primera vez en años, con una chispa de esperanza en sus ojos.

Una vez solo, me permito un momento de reflexión. El día apenas ha comenzado y ya he puesto en movimiento las piezas fundamentales de mi estrategia. En pocos días, Albania comenzará su transformación de una nación agrícola dependiente a una potencia industrial emergente.

Y todo gracias a una civilización de autómatas sintéticos que, por razones que aún no comprendo completamente, han decidido convertir a un estudiante de posgrado perdido en el tiempo en el arquitecto del destino de una nación.

("Que Dios nos ayude a todos", pienso mientras observo el sol que se eleva sobre las montañas albanesas, iluminando un futuro que promete ser tan extraordinario como peligroso.)

## Capítulo II: El albor de un nuevo fuego

Enero 4 de 1936, sábado. Palacio Real de Tirana, 7:23 a.m.

Los informes llegaron puntuales, como había exigido. Sobre mi escritorio de nogal, importado desde Venecia en tiempos más prósperos, descansaban tres carpetas de cuero marrón que contenían el alma desnuda de Albania: sus recursos, sus limitaciones, sus posibilidades ocultas bajo décadas de negligencia y dependencia.

Dhimicr Beratti había superado mis expectativas. Su análisis económico no se limitaba a cifras secas, sino que dibujaba el mapa completo de nuestra vulnerabilidad: cada franco-oro que entraba condicionado por Roma, cada importación que nos recordaba nuestra inferioridad industrial, cada exportación que nos reducía al papel de proveedores de materias primas para mesas más prósperas que la nuestra.

Pero fue el informe de Rrok Gera el que encendió en mis ojos la llama de lo que estaba por venir.

Los yacimientos de cromo en Bulqizë no eran "considerables" como había dicho con modestia balcánica. Eran extraordinarios: depósitos que se extendían por 47 kilómetros cuadrados, con una pureza del 78% en las vetas principales. Las reservas de cobre en las montañas del norte alcanzaban las 890,000 toneladas métricas, según las estimaciones más conservadoras de los ingenieros italianos que habían realizado prospecciones preliminares en 1933. Y el petróleo cerca de Patos... ahí residía una sorpresa que ni el propio Gera conocía en su totalidad: 2.3 millones de barriles en reservas probadas, con indicios geológicos de depósitos adicionales que podrían triplicar esa cifra.

("Extraordinario", pensé mientras pasaba las páginas del informe. "Albania no es pobre. Albania es una virgen rica violada por la ignorancia y la dependencia.")

Cerré la carpeta de Gera y abrí la de Beratti. Los números del comercio exterior me confirmaron lo que ya sospechaba: importábamos prácticamente todo lo que una nación moderna necesita. Maquinaria industrial por valor de 340,000 francos-oro anuales, toda italiana. Herramientas especializadas, productos químicos básicos, textiles manufacturados, incluso clavos y tornillos llegaban desde Génova y Trieste. Éramos compradores cautivos de una Italia que nos mantenía deliberadamente subdesarrollados.

Pero no por mucho tiempo más.

Me dirigí al centro de mi despacho, cerré los ojos y establecí contacto con el clúster 00.

"Enlace establecido", resonó la voz femenina en mi mente, dulce como siempre. Había decidido no pedirles que la cambiaran; después de todo, era agradable tener al menos una constante placentera en medio de esta locura.

("Necesito una demostración de tu capacidad de síntesis de elementos por convergencia energética en masa. Requero tres elementos específicos.")

"Especifique los elementos por su número atómico", respondió la voz con esa eficiencia que solo una inteligencia artificial de nivel IV podía demostrar.

("Número atómico 79, número atómico 78 y número atómico 47. Noventa toneladas métricas de cada uno.")

Hubo una pausa de exactamente 0.23 segundos, que en términos de procesamiento del clúster 00 equivalía a una eternidad de cálculos.

"Elementos identificados según nomenclatura química humana: Au-197, Pt-195, Ag-107. Masa total requerida: 270,000 kilogramos. La síntesis por convergencia energética requerirá la conversión de  $2.43 \times 10^{19}$  julios de energía. Proceso estimado: 47.6 segundos. ¿Confirma la orden?"

("Confirmada. Deposítelos en el sótano del palacio, distribuidos en lingotes de 25 kilogramos cada uno.")

"Procesando... Síntesis iniciada."

Mientras esperaba, decidí dar el siguiente paso. El más audaz, el más necesario, y posiblemente el más peligroso.

("Clúster 00, necesito acceso a tu capacidad de bioingeniería. Requero la creación de personal especializado basado en modificaciones de mi código genético.")

"Especifique parámetros de modificación y cantidad de unidades requeridas."

("A partir de mi ADN como base, necesito que crees los siguientes tipos de personal: ingenieros industriales especializados en metalurgia y maquinaria pesada, técnicos en minería y extracción, oficiales militares con conocimientos avanzados en táctica y estrategia, soldados de élite con mejoras físicas optimizadas, científicos especializados en química aplicada y balística. Total: 2,000 individuos.")

La pausa esta vez fue de 1.7 segundos.

"Advertencia: La bioingeniería solicitada requiere modificaciones extensas del código genético base. Procedimiento incluye: eliminación de secuencias genéticas redundantes, optimización de sistemas cardiovascular y respiratorio, mejoras en densidad ósea y masa muscular, aceleración de procesos de aprendizaje, resistencias biológicas pasivas contra patógenos comunes, mejoras específicas según especialización requerida. Tiempo de procesamiento completo: 0.000001 microsegundos para análisis genético, 24 horas para síntesis biológica completa. ¿Confirma la orden?"

("Confirmada. Pero quiero que apliques protocolos de aleatoriedad en características físicas superficiales. No pueden parecer clones. Deben integrarse naturalmente en la población albanesa.")

"Comprendido. Aplicando variabilidad fenotípica. Iniciando secuenciación... Análisis genético completado. Su código presenta características interesantes: marcadores de alta inteligencia analítica, resistencia al estrés, capacidad de liderazgo innata. Procediendo con las modificaciones."

En ese momento, tres golpes resonaron en mi puerta. Era Efendi.

---"Su majestad, el general Xhemal Araniti y el coronel Ismet Kryeziu han llegado para la reunión que solicitó."

---"Excelente. Hazlos pasar de inmediato."

Los dos oficiales entraron con la misma marcialidad de la reunión anterior, pero esta vez había algo diferente en sus ojos. Una mezcla de expectación y nerviosismo que no habían mostrado antes. El evento de los rifles había plantado en sus mentes una semilla de posibilidades extraordinarias.

---"Caballeros, tomen asiento. Hoy vamos a discutir la primera fase de la transformación militar de Albania"---comencé sin preámbulos---. "General Xhemal, quiero que me diga con absoluta honestidad: ¿cuántos de nuestros soldados están equipados con armas que realmente puedan enfrentar a un ejército moderno?"

El veterano general suspiró profundamente antes de responder:

---"Su majestad, con total franqueza... quizás una tercera parte de nuestros efectivos. El resto porta rifles austro-húngaros de la Gran Guerra, algunos incluso anteriores. Tenemos fusiles Mannlicher M1895, Steyr M1912, algunos Mauser turcos capturados... un arsenal tan diverso como ineficiente."

---"¿Y nuestra artillería?"

---"Las piezas Skoda de 75mm son confiables pero obsoletas. Los cañones Bofors de 105mm son excelentes, pero solo tenemos ocho. Para defender adecuadamente nuestro territorio, necesitaríamos al menos treinta piezas de artillería pesada moderna"---respondió el coronel Kryeziu, con la precisión que ya había demostrado anteriormente.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Era el momento de la segunda demostración.

---"Coronel, acaba de mencionar exactamente el número que tenía en mente. ¿Qué le parecerían noventa cañones de 105mm de diseño avanzado?"

Ambos oficiales intercambiaron miradas de asombro. El general Xhemal se inclinó hacia adelante:

---"Su majestad, noventa cañones de esa categoría costarían... es imposible calcular esa cantidad. Y conseguirlos... ningún país nos vendería semejante arsenal sin condiciones políticas inaceptables."

El silencio que siguió fue tan denso que parecía sólido. Finalmente, el coronel Kryeziu se atrevió a preguntar:

---"Majestad... ¿cómo sería posible tal cosa?" – el general se detiene, recuerda el pasado miércoles, y un escalofrío le recorre la espalda, cuando un pensamiento le vino a la mente.

Me levanté y caminé hacia la ventana, contemplando los jardines del palacio donde ya se veía movimiento: jardineros que comenzaban su labor diaria, guardias que cambiaban turno, la vida normal de un palacio que estaba a punto de convertirse en el centro de operaciones de una transformación continental.

---"Caballeros, la demostración que presenciaron hace tres días con los rifles fue solo el comienzo. Albania está a punto de convertirse en una potencia militar que superará las expectativas de sus enemigos más feroces y las esperanzas de sus aliados más optimistas"---me giré hacia ellos, y por primera vez desde que había asumido este cuerpo, sentí que las palabras que salían de mi boca llevaban el peso de la verdad absoluta, si claro, sigo siendo un improvisador rápido, nada más---. "En las próximas semanas, comenzaremos el reemplazo completo del armamento obsoleto de nuestras fuerzas. Cada soldado albanés portará un rifle optimizado superior a cualquier arma individual en servicio en Europa. Nuestros cañones no solo superarán en número a los de cualquier ejército balcánico, sino que los sobrepasarán en potencia y precisión."

El general Xhemal se puso en pie, sus 69 años parecían haber desaparecido súbitamente:

---"Su majestad, si eso es cierto... si realmente es posible... Albania podría defenderse de cualquier invasión. Podríamos incluso..."---se detuvo, como si las implicaciones fueran demasiado grandes para verbalizarlas.

---"Podríamos incluso tomar la iniciativa cuando sea necesario"---completé su pensamiento---. "Sí, general. Exactamente eso."

En ese momento, el clúster 00 se comunicó conmigo: "Síntesis de elementos completada. Depósito efectuado según especificaciones. Síntesis biológica en progreso: 67% de re adaptado de la matriz completado. Tiempo restante: 23.7 horas."

("Perfecto. Ahora necesito los diseños de artillería.")

("Clúster 00, requiero diseños optimizados para cañones de 105mm. Especificaciones: alcance máximo 18 kilómetros, cadencia de fuego 8 disparos por minuto, munición de alto explosivo con penetración mejorada. Aleaciones limitadas a tecnología disponible en 1936: acero al cromo-vanadio-molibdeno, soportes de aleación aluminio-litio.")

"Procesando diseños... Optimización completada. El diseño resultante presenta mejoras del 340% en precisión respecto a estándares contemporáneos, 67% más de alcance que piezas equivalentes, y 23% mayor cadencia de fuego. ¿Procede con la fabricación?"

("Noventa unidades, con 200 proyectiles cada una. Deposítalos en el campo de entrenamiento militar, sector norte.")

---"General, coronel, necesito que me acompañen al campo de entrenamiento. Ahora mismo."

El viaje en carruaje hasta el campo militar tomó veinte minutos. Durante el trayecto, mis oficiales permanecieron en silencio, pero podía ver en sus rostros que se preparaban mentalmente para otra demostración que desafiaría su comprensión de lo posible.

Al llegar al campo de entrenamiento, les pedí que me siguieran hasta el sector norte, una explanada de aproximadamente 400 metros cuadrados utilizada normalmente para ejercicios de formación.

---"Caballeros, observen."

Cerré los ojos y me concentré. ("Clúster 00, procede con la materialización.")

La misma puerta dimensional que había aparecido en mi despacho se abrió frente a nosotros, pero esta vez era considerablemente más grande. De ella comenzaron a emerger los cañones: piezas de artillería que parecían esculturas de guerra forjadas por dioses de la metalurgia.

Cada cañón era una obra maestra de ingeniería. El tubo, de un acero gris mate que parecía absorber la luz, montado sobre un afuste que combinaba la robustez del hierro con la elegancia del aluminio. Los mecanismos de elevación y travesa funcionaban con una suavidad que ninguna pieza de artillería de 1936 podía igualar. Y el detalle que más impresionaba: cada cañón llevaba grabado en su base el escudo de armas de Albania, con una precisión que habría requerido semanas de trabajo artesanal.

Uno tras otro, noventa cañones se materializaron ante nuestros ojos, acompañados de sus respectivos proyectiles almacenados en cajas de munición que parecían cofres del tesoro militar.

El general Xhemal cayó de rodillas. No en una genuflexión ceremonial, sino porque sus piernas simplemente no pudieron sostenerlo más. El coronel Kryeziu permanecía de pie, pero temblaba visiblemente.

---"Esto... esto es..."---murmuró el general.

---"Esto es el futuro de Albania"---declaré, caminando entre los cañones como un comandante inspeccionando su arsenal---. "Y esto es apenas el comienzo."

Me acerqué a uno de los cañones y pasé mi mano por su superficie. El metal estaba tibio, como si hubiera sido forjado recientemente, lo cual, en cierto sentido, era exactamente lo que había ocurrido.

---"General Xhemal, coronel Kryeziu, quiero que organicen inmediatamente el entrenamiento de nuestros artilleros en estas nuevas piezas. También quiero que comiencen la distribución de los rifles mejorados a todos nuestros regimientos"---mi voz había adquirido un tono de autoridad que resonaba entre los cañones como un eco de batallas futuras---. "En dos semanas, quiero un informe completo sobre la capacidad operativa de nuestras fuerzas renovadas."

Ambos oficiales asintieron, aún demasiado abrumados para articular respuestas coherentes.

---"Y una cosa más"---añadí, girándome hacia ellos con una expresión que mezclaba determinación y advertencia---. "En los próximos días, llegará personal nuevo para reforzar nuestras filas. Ingenieros, técnicos, oficiales especializados. Algunos pueden parecer... extraordinariamente capaces. No hagan preguntas sobre su procedencia. Simplemente acéptenlos como el regalo que son para Albania."

("Porque", pensé para mis adentros, "necesitarán tiempo para acostumbrarse a la idea de que su país está siendo dirigido por alguien que puede crear soldados perfectos con la misma facilidad con que otros hornean pan.")

El sol había alcanzado su cenit cuando regresamos al palacio. En el sótano, 270 toneladas de oro, platino y plata esperaban silenciosamente, como dragones dormidos sobre tesoros que convertirían a Albania en la nación más rica de los Balcanes de la noche a la mañana.

En las instalaciones del clúster 00, en una dimensión que quedaba más allá de la comprensión humana, 2,000 seres humanos modificados y optimizados completaban los últimos estadios de su desarrollo biológico acelerado, preparándose para despertar a un mundo donde servirían a un rey que había sido estudiante, en una nación que estaba destinada a cambiar el curso de la historia europea.

Y en mi despacho, mientras contemplaba los informes que ahora parecían tan pequeños comparados con lo que estaba por venir, no pude evitar sonreír.

El albor de un nuevo fuego había comenzado a iluminar las montañas de Albania. Y ese fuego, alimentado por la ciencia de una civilización que había trascendido las estrellas, estaba destinado a convertirse en una conflagración que remodelaría el mapa de Europa.

("Que Dios ayude a nuestros enemigos", pensé, "porque a nosotros ya nos esta mostrando favoritismo")